

EL MOVIMI ENTO



AÑO 2 | NÚM.2

Revista de Creación Literaria

EL MOVI MIENTO

Año II, número 2

El Movi Miento está configurado como una corriente abierta a la participación de nuestros lectores. Una información más concreta sobre la posibilidad de realizar una colaboración puede encontrarse en nuestra página web

www.elmovimiento.es

Director: José Vicente Rubio “Eire”

Consejo Editorial: Carlos Montero Bandín; Javier Alonso de la Iglesia; José Vicente Rubio; Jesús Sánchez-Girón Forniés; Luis García-Orea Álvarez; José Manuel López Sánchez-Caballero

Cocina: José Antonio Ibáñez Larrauri, “Micky”

Diseño y edición: Eire | Olga Espino de Torres-Peralta

© de los cuentos pertenecen a los autores.

© de la revista pertenece al Consejo Editorial.

Imagen de cubierta creada por DALL-E

Impreso y publicado en Madrid por Estugraf

Prólogo

A finales de la década de los cincuenta, a su retorno a Francia, después de varios meses de ausencia, el actor y productor de cine Marc Dolenitz observó con bastante asombro, en un kiosco de prensa de Saint-Germain-des-Prés, cómo la revista *Les Temps Modernes*, legendaria publicación literaria dirigida por Sartre y Simone de Beauvoir, había perdido su lugar central entre la prensa que se ofertaba. Su antiguo trono lo ocupaba la revista *Playboy*. La anécdota le permitió exclamar, no sin bastante ingenio en el libro que posteriormente escribió sobre la historia del barrio, que los franceses habían sustituido el culto a la cabeza por el culto del c...

Nosotros, en nuestro segundo número intentamos ayudar a dar un cambio de orientación a esta tendencia, que afecta a toda nuestra esfera occidental.

En este número, más extenso que el primero por haber tenido la fortuna de contar con un mayor número de colaboradores, iniciamos con un relato de Ángel Rupérez titulado "Carmen Broto". Se trata de una obra rica en matices y detalles, que se apoya y dialoga con una tradición literaria variada y compleja; allí puede encontrarse desde la Barcelona de Juan Marsé, a los cuentos de Antonio Tabucchi, hasta la literatura de memoria y de posguerra, unido todo ello a reflexiones sobre la sociedad y la política.

La manera en que entrelaza estas influencias para contar una historia contemporánea que reflexiona sobre la memoria, la identidad y el espacio urbano es notable. La atmósfera que crea, por momentos detectivesca, y cómo esta se ve afectada por y afecta a sus personajes, es un testimonio de su habilidad narrativa y su sensibilidad hacia el lugar y la historia.

Sara Montero Anneren colabora en este segundo número con un relato, "Romeo Vital", que combina elementos de realismo mágico con una narrativa moderna, creando una experiencia de lectura única y profundamente simbólica. La premisa de que a los personajes les broten flores del cuerpo introduce un elemento fantástico que se entrelaza con la vida cotidiana de una manera que recuerda a algunos de los autores más icónicos del realismo mágico.

Igualmente, la idea de los "floreados" recuerda a las tradiciones mitológicas y al folklore de muchas culturas que cuentan historias de seres con habilidades o maldiciones únicas. Esta conexión a lo ancestral y a las raíces familiares profundas tiene paralelos en mitos y leyendas de todo el mundo, una obra rica y evocadora que deja al lector reflexionando sobre la naturaleza de lo real y lo fantástico en nuestras propias vidas. En lo personal, la lectura de este cuento me trajo a la mente los guiones de Loisel para sus cómics.

La obra de Montero Anneren nos prepara para el cuento "Rebel", de Jesús Sánchez-Girón. Al igual que en el anterior, en este tercer relato nos encontramos con elementos del realismo mágico, pero el enfoque es diferente. La mirada íntima que se nos ofrece de la evolución de los personajes se centra en su identidad, utilizando la música como un telón de fondo emocional y contextual. La historia narra la conexión entre Alex y Luka, destacando cómo sus vidas y sentimientos se entrelazan y cambian con el tiempo, marcados por la música y los momentos culturales significativos de los años 80 y 90 del pasado siglo XX.

Un lector atento encontrará pinceladas que evocan a Haruki Murakami, por cuanto se usan aspectos ordinarios de la vida para explorar temas de conexión humana y de destino. También J.D. Salinger está presente pues la exploración de la identidad que se plantea en esta obra obliga a los protagonistas a enfrentarse con trascendentales luchas internas en su camino hacia la madurez. La música no sólo sirve como banda sonora de sus vidas, sino también como un puente entre ellos, un lenguaje compartido que trasciende las palabras. Esta historia es un testimonio de cómo la cultura, la música y las experiencias compartidas pueden formar y transformar las conexiones humanas, sin olvidarnos del momento histórico en que se desarrolla.

El cuento "Poco ordinario" de Mario Barra Jover es una obra que destila sutileza, humor y una crítica social velada, ofreciendo una narrativa rica en descripciones y en la construcción de personajes. Este relato se centra en la transformación de un jardín abandonado y, paralelamente, en la transformación interna de sus personajes, con los que el autor explora temas como las apariencias, las expectativas sociales y la valoración del trabajo manual frente al intelectual o artístico.

En esta obra, el lector se encontrará con el humor británico de Roald Dahl, en sus relatos para adultos, donde lo ordinario se tuerce ligeramente hacia lo absurdo o inesperado, pero también una crítica sutil a las expectativas y los prejuicios de la clase media-alta, similar a la sátira social presente en las obras de Jane Austen o, incluso, de Oscar Wilde. A través del contraste entre el jardín y la familia, de la lente de lo cotidiano transformado por lo inesperado, Barra Jover reflexiona sobre el valor del trabajo manual, la apreciación de lo estético y la superficialidad de las apariencias.

"A buen recaudo" de Rosauro Varo Cobos es un relato corto que se sumerge en la profunda humanidad encontrada en los momentos más oscuros y dolorosos de la existencia. Ambientado en Sorongo, una localidad imaginaria del África negra, el cuento nos presenta a

dos ancianas que, en medio del bochorno y la fatiga, llevan a cabo una difícil tarea. La descripción metódica y poética del entorno, la interacción silenciosa entre las mujeres y el acto final convierten este relato en una reflexión sobre la muerte, la comunidad y el ciclo de la vida.

La historia evoca la tradición narrativa africana, donde el cuento oral juega un papel crucial en la preservación de la historia y la cultura, pero también la obra de Albert Camus; en la aceptación silenciosa de la tarea y en su confrontación sin palabras con la muerte, hay un eco del existencialismo camusiano. El acto final, enfrentando el absurdo de la muerte con dignidad y cuidado, refleja la búsqueda de significado en un mundo indiferente. La capacidad del autor para crear una atmósfera tan evocadora en tan pocas palabras es notable.

En poesía hemos seleccionado la obra de tres autores.

Los poemas de Almudena García-Orea se sumergen en el paisaje emocional y filosófico con una delicadeza y profundidad que trasciende el mero juego de palabras. A través de su lírica, García-Orea explora temas universales como la pérdida, el amor, la soledad y la búsqueda de significado, empleando la naturaleza no sólo como decorado, sino como una extensión de los estados emocionales de sus personajes. Son una invitación a detenerse y contemplar, a buscar la conexión con los aspectos más íntimos y profundos de la experiencia humana a través de la belleza del lenguaje. Son testimonio de la capacidad de la poesía para trascender lo cotidiano y revelar las capas más ricas de significado y emoción en la vida diaria y las relaciones humanas.

Mi primer encuentro con Roberto Carlos, de nombre artístico Robert Bahía, fue en una plaza de Roma, él se ganaba la vida tocando con su guitarra y viviendo de las limosnas. Mucho ha llovido desde entonces, en la actualidad su producción musical va encontrando su justo reconocimiento. Comoquiera que detrás de un

cantautor existe siempre un poeta, traemos a este segundo número una de sus poesías, en la cual, con un lenguaje evocador y cargado de simbolismo, Roberto crea un puente entre el mundo tangible y el espiritual. En general su obra destaca por la capacidad para entrelazar lo cotidiano con lo trascendental, ofreciendo una visión poética con toques de misticismo, que es tanto personal como universal.

El poema "Vivir, no morir" de Iryna Oliinychenko ofrece una mirada íntima a la experiencia personal de la autora, abordando temas universales como la expresión emocional, la superación del dolor y la elección consciente de vivir a pesar de las adversidades. Utilizando una estructura lírica sencilla y cargada de emotividad, el poema se convierte en un vehículo para explorar la catarsis y el poder curativo de la palabra escrita. A través de sus versos nos invita a reflexionar sobre la importancia de enfrentar y verbalizar nuestras luchas internas como un paso hacia la sanación y la afirmación de la vida.

"El billete" de Javier Alonso de la Iglesia es un relato que se sumerge en la complejidad de las relaciones humanas, el ingenio y la moralidad a través de un enfrentamiento cargado de tensión y astucia con el que logra adentrarse en cuestiones de ética, justicia y supervivencia social. Ambientado en el espacio cotidiano de un restaurante, este cuento nos narra el desafío entre un padre y el personal de un establecimiento a través de un diálogo dinámico y una narrativa envolvente, y explora temas como la avaricia, la dignidad, la astucia frente a la adversidad y la ambigüedad moral que a menudo caracteriza las interacciones humanas.

Cuando comencé a leerlo por primera vez pensé al principio estar ante un guion de Enrique Sánchez Abulí para su famosa obra gráfica, Torpedo. Pero el relato no es tan crudo, lo justo sería decir que el relato incluye elementos de realismo contemporáneo, en línea de autores como Raymond Carver, cuyas narraciones a menudo giran en torno a momentos aparentemente triviales que

posteriormente se cargan de significado, junto con una comedia de costumbres, especialmente en su representación de la sociedad contemporánea y sus vicios. La astucia y la ironía utilizadas para enfrentar y resolver la situación recuerdan a las obras de Molière, donde las debilidades humanas son expuestas y ridiculizadas a través de situaciones humorísticas y a menudo satíricas.

"La Terraza de los Limones" es mi aportación a este segundo número de la revista. Ambientada en la encantadora y evocadora Roma de 1978, esta historia nos sumerge en la complejidad de las relaciones humanas, los dilemas morales y la búsqueda de la paz interior a través de los ojos de dos personajes históricos: Rafael Alberti y Carmen Laforet, cuyas biografías hemos tomado prestadas por un instante.

Para despedir al lector, lo trasladamos a la Italia de finales de los años 70, a una época marcada por el terrorismo de las Brigadas Rojas y la inestabilidad política. El cuento intenta no sólo ser el retrato de un instante en la vida de una Nación a través de los ojos de dos exiliados españoles, sino especialmente una reflexión sobre la naturaleza del arte, la memoria y la redención.

Para despedirnos, queremos desde la Dirección rendir homenaje a la labor de Franco María Ricci, diseñador gráfico, editor y coleccionista. El diseño elegido en nuestra portada es nuestro mejor reconocimiento a su labor en el mundo de las Letras.

Eire

Este número está dedicado a la memoria de
nuestro amigo y cofundador de la revista
D. Jorge Eugenio Raschetti Rocca

Carmen Broto

Habíamos quedado en la Plaza Rovira con el fin de indagar en algunas cuestiones que me intrigaban desde hacía tiempo y él, muy amablemente, se había prestado a ello. Era un día de enero del 2019, y hacía frío, pero no tanto como cabría suponer por esa época del año. Sin embargo, yo iba embutido en un abrigo azul marino con la botonadura cruzada, lo cual podía darme cierto aire de espía —soñaba— o de elegante caballero inglés —también soñaba—, pero con lo que no soñaba era con el calor que me daba ese abrigo, ciertamente él mismo una estufa ambulante aplicada a mi cuerpo.

Había llegado allí caminando desde la Plaza de Cataluña, y lo había hecho con el afán de empaparirme de la ciudad, que hacía tiempo que no visitaba. Había dejado a Sandra en una cafetería cuyo nombre no consigo recordar —no me gusta tirar siempre de Google—, a la espera de que llegara un amigo suyo con el que había quedado.

Aprovechando la ocasión, con prisa para sacar el máximo partido a la luz del sol, comencé a caminar a toda velocidad por el Paseo de Gracia arriba para llegar a tiempo a la cita que había concertado desde Madrid, con unos días de antelación.

—¿Puedes quedar?

Hizo que consultaba una agenda, me hizo esperar lo justo, quizás hizo algún ruido con las hojas que pasaba haciendo que buscaba (tal vez), y acabó diciéndome:

—Puedo el domingo 27, a las 7.

¿El domingo 27, a las 7? Consulté mi agenda, pero sin hacer ruido puesto que mi agenda era mi mente, y le dije inmediatamente que sí. Todo coincidía. Parecía una estricta casualidad, y de hecho lo era, porque encajaba con el viaje que Sandra había organizado para acudir a un congreso de una empresa con la que tenía una leve relación profesional, pero interesante para seguir activando sus contactos.

Iba ilusionado por el Paseo de Gracia, entre otras cosas porque también tenía una cita conmigo mismo. La que había concertado con Juan Marsé era importante, pero la que había establecido conmigo mismo no lo era menos, en absoluto. Se trataba de averiguar qué quedaba de mí en ese barrio, el Barrio de Gracia, en el que había vivido los dos primeros años de los 80, por motivos profesionales. ¿Qué quedaría de mí? Por otro lado, ¿qué me diría Juan Marsé sobre el crimen de la calle Legalidad, donde estaba la casa en la que yo había vivido a comienzos de los 80? Un crimen horroroso de los años 40 que convulsionó a toda la ciudad, y con el que Marsé había escrito una de sus últimas novelas, *Esa puta tan distinguida*.

Había aceptado charlar conmigo porque le había enviado mi primera novela, *Vidas ajenas*, y me había contestado muy amablemente. Puede que hasta la hubiera leído, y puede que hasta le hubiera gustado, y por eso le hubiera caído simpático y le hubiera parecido bien hablar de un tema que le interesaba con alguien que para él —descontada esa novela que pudiera haber leído— era un perfecto desconocido. Siempre le interesaban los temas relacionados con ese barrio, el barrio de Gracia, o sus estribaciones más al norte, que aparecen siempre en sus novelas y que creo que forman parte del barrio de Guinardó (¿es realmente así?).

En fin, cuando llegué, merodeé por la plaza y me fijé en los jóvenes que estaban sentados en una terraza, a pesar del frío que hacía. Una estufa vertical emitía llamaradas azuladas y rojizas que represaba una rejilla que se elevaba formando una especie de cono, de tal modo que las llamaradas no podían salir de ese marco en el que estaban atrapadas. Yo había sido rigurosamente puntual, ni un minuto de retraso.

Juan no aparecía y, por si acaso, miré a lo largo y ancho de la plaza, por si estuviera sentado en un banco poco o nada iluminado —vi que había algunos—, a modo de espía, pensé, pensando quizás en los ambientes de sus novelas, o en los mismos años 40, los años del crimen de la calle Legalidad, el motivo de nuestro encuentro. Me acerqué a esos bancos, que estaban en una penumbra absoluta, pero no había nadie en ellos, y, por si acaso, me introduje en el único bar que había en la plaza, del que dependía la terraza de las llamas azules temblorosas. Entré y miré con atención a todos los concurrentes, algunos sorprendidos por mi mirada escrutadora, pero leve y sencilla, sin ánimo de hurgar en la vida de nadie, ni de hacer preguntas, sólo con la mirada que se desplaza como una cámara en el rodaje de una película. ¿Está o no está? ¿Es o no es? Eso era todo.

Llegué hasta el final, recibiendo a cambio alguna que otra mirada casual y penetrante, de esas que dejan colgando una interrogación en forma de ensoñación enfermiza que se prolonga más allá de la cuenta y que segrega un reguero de cabos sueltos que acaban disolviéndose como pompas de jabón por no tener la consistencia debida o por no tener tiempo para abordarlos o por no saber cómo hacerlo ni por qué razón hacerlo. Juan no estaba allí, pude comprobar, tomando un té o un café, esperándome. Aproveché para hacer pis, me miré de refilón en el espejo sombrío que había en el lavabo mal iluminado, y me pareció que, con mi abrigo, definitivamente, parecía un espía (ya no soñaba).

Salí, ya sin mirar a nadie, casi como huyendo de la sombra del espejo y de su luz mortecina y decidí sentarme en la terraza, cerca de las lenguas de fuego retenidas por la rejilla que las domaba y sujetaba.

Comprobé que realmente llegaba el calor, que no era un simple efecto visual lo de las llamas temblorosas por más que fuera agradable verlas iluminando de la noche como si se tratara de una hoguera ancestral, en medio de un descampado milenario. El calor que proporcionaban conseguía domar al frío de tal modo que la temperatura que resultaba hacía pensar en un día de marzo, cuando sopla el viento y aún hace frío, pero también irradia el sol y lo suaviza todo con sus manos y manoplas de seda, pues no quema todavía.

Para entretener la espera, saqué el móvil y me puse a curiosear, especialmente noticias. El Brexit azuzaba en la prensa inglesa, lo cual me cargaba de indignación contra los promotores del nefando referéndum, especialmente contra el nefasto primer ministro cuyo nombre no conseguía recordar (Cameron, sí, así se llamaba); y en la prensa española los independentistas catalanes estaban a las puertas del juicio que evaluaría su conducta durante aquel mes de septiembre y aquel mes de enero (en absoluto lejanos). ¿Esta plaza separada de España?, pensé. Me pareció increíblemente absurda y extravagante esa ensoñación. En un momento dado, cansado de esas pesadillas, me dio por poner en Google “crimen de la calle Legalidad”. Ya que no estaba Marsé, que al menos Google me informara, aunque no fuera con el calor de una voz humana y de una experiencia propia, fraguada a lo largo del tiempo, con esas vibraciones especiales que ninguna tecnología puede incorporar a su trama, por más eficaz que sea. La novela de Marsé, *Esa puta tan distinguida*, era poco fiable porque los novelistas pueden inventar lo que les venga en gana, sin ningún miedo a que luego les llamen mentirosos, pues esencialmente es lo que son. Mienten para divertirse y divertir, aunque luego digan que también

lo hacen para ir en busca de la verdad. ¿De qué verdad?

En definitiva, lo que me interesaba era la versión de Marsé contada por él mismo, con su propia voz y sus propios gestos y su propio calor humano. Pero Marsé no estaba y Google sí. Carmen Broto había sido vilmente asesinada por unos delincuentes de tres al cuarto, dos de los cuales, al verse descubiertos, se habían suicidado ingiriendo cianuro. El tercero, un tal Jesús Navarro, hijo del instigador del crimen, su padre homónimo, había...

En ese instante sonó el teléfono y no reconocí el número y di a ver quién era. Era Marsé y me llamó por mi nombre —debía haber metido mi número cuando le llamé— y se disculpó de una manera encarecida, y alegó que había pasado una tarde criminal, que había vomitado y que no había podido llamarme porque cuando le daban esos ataques no era persona y navegaba en una especie de oscuridad ajena al mundo, solo a la espera de que cesara ese aturdimiento.

—Vaya, lo siento, Juan, lo siento de veras, no te preocupes por mí —dije, convencido de que decía la verdad, que no era un simple paripé.

—Si quieres podemos quedar mañana, yo tengo libre —dijo, con la voz un tanto tomada por lo que parecía un catarro, aunque no lo fuera.

—Qué lástima, Juan, a mí me es imposible porque mañana vuelvo a Madrid.

Se debió de quedar pensativo porque no dijo nada. Yo esperé, mirando las llamas temblorosas de la estufa y palpando el frío que se extendía por la plaza, ajeno a mí, que estaba protegido precisamente por esas llamas y por mi grueso abrigo azul. Igual había cortado sin darse cuenta o se había ido la comunicación. Pero no, regresó:

—Bueno, a lo mejor tengo que ir yo a Madrid y podemos quedar allí.

Me pareció bien y se lo dije, pero, acto seguido, añadí:

—Juan, en Google dicen que...

Y se volvió a cortar, y no me atreví a llamarle y esperé a que él lo hiciera, pero no lo hizo.

¿Qué decían en Google?

Ciertamente era escalofriante, los detalles espeluznaban, y pensé en el horror absoluto de la naturaleza humana cuando olvida precisamente la humanidad, esa inmensa cualidad que nos alejó infinitamente de nuestra condición animal primigenia. ¿Cómo había sido posible semejante horror? Barcelona, 1949. ¿Cómo era la ciudad entonces? ¿Quién lo contaría bien para hacerme una idea? ¿De qué cloacas habrían salido esos asesinos capaces de semejante crimen? No tenía ni idea, pero recordé que el propio Marsé ya había hablado de ese crimen en su novela *Si te dicen que caí*, pero hacía mucho que la había leído. Todo hacía pensar que le obsesionaba el tema, en cierto modo como a mí, aunque a mí de una manera más circunstancial, quizás por efecto de la memoria que me recordaba sin cesar que yo había vivido en la calle Legalidad, la calle donde tuvo lugar el crimen atroz.

Sólo por esa razón quise ponerme en contacto con Marsé, yo mismo víctima de un repentino socavón que se había abierto en mí y al que había caído sin ser capaz de disipar la niebla que me envolvía. ¿Por qué precisamente ahora? ¿Por qué ese crimen? ¿Por qué no en otro tiempo? Y pensé: "Si acompaño a Sandra a Barcelona, tengo que ir a la calle donde viví y donde se cometió ese crimen. Marsé ha escrito sobre eso. Respeto a Marsé. Tengo que hablar con él". Se me ocurrió esa llamada y la hice, sin titubear, movido por esa urgencia inexplicable.

Pensé en la asesinada, Carmen Broto, e intenté imaginar sobre la marcha su biografía, de una manera desangelada, acorde con el día de enero, sin poderme aferrar a la voz de Marsé, que yo soñaba que trasladara alguna emoción compasiva por esa pobre mujer, a modo de rescate, con intención salvadora, como cuando nos empeñamos en quitarle a la muerte su empeño todopoderoso a base de introducirnos en su

inescrutable dominio, con una enloquecida e impotente persistencia, como si así fuéramos a conseguir algo con semejante compasión. ¿Qué íbamos a conseguir? De acuerdo, era una puta y se debía de mover entre gente poco recomendable, más bien desalmada, en aquel ambiente, en aquella Barcelona de posguerra, aquella alta sociedad envilecida, decían... Bien, pero el hecho de que fuera una puta distinguida no invalidaba en absoluto ese afán de preservarla del asesinato del que había sido víctima. Una inmensa piedad se desató en mí, inexplicablemente. No merecía esa muerte. ¿Quién puede merecer una muerte así? Volví a Google y vi la foto que había de ella, una vaga foto de periódico de la época, supuse que sería de La Vanguardia, donde narraban algunas circunstancias del crimen. Era una mujer rubia, con los labios gruesos muy pintados, supuse que de un rojo chillón, una sonrisa enfrentada a la cámara, como queriendo tragársela, a modo de confianza absoluta en la vida. Esas terribles fotos que desatan sentimientos difíciles de entender. ¿Cómo era esa vida, Marsé? ¿Lo sabes?

Me levanté y dejé las llamas temblorosas ardiendo en la oscuridad. La plaza tenía farolas, pero la luz era más bien leve, color electricidad mustia, con los filamentos desgastados o algo así (cosa imposible, ya lo sé). Como siempre, pensé sin querer en luces de infancia, sin saber que entonces el problema era la anemia verdadera y real, anemia de posguerra, esa cosa tan triste de la que nunca fui consciente entonces porque era demasiado pequeño y de la que, por ello mismo, me libré para siempre. Ahora lo sé, pero esas luces de la Plaza Rovira no son anémicas, son luces ahorrativas en un mundo muy desarrollado que no quiere despilfarrar nada. Perfecto, perfecto. ¿Adónde me dirijo? Parecía que quería preguntar a Marsé. ¿Adónde me llevas? Condúceme, como a Dante le condujo Virgilio. ¿Fue así o lo he olvidado? ¿O es que nunca he leído La Divina Comedia?

Calle Legalidad, dijo Marsé, sin decirlo. ¿Cómo fue? ¿Cómo era esto entonces? ¿Había algunas de las casas

que hay ahora? No lo creía, era imposible. La enterraron en un huerto que había allí, donde ahora está el bloque de casas en uno de cuyos apartamentos yo viví en 1980—81. Eso me ponía las cosas muy difíciles porque inyectaba parte de mí mismo en ese acto salvaje, que tuvo lugar precisamente en el solar que hubo antes de que se edificara ese edificio en el que estaba mi apartamento. Quizás por eso mismo quería salvar a Carmen Broto, por haber podido yo vivir tan tranquilamente en el mismo lugar que fue el escenario de su muerte salvaje. Así que cuando desde mi apartamento veía al atardecer los vencejos de junio o leía a Stendhal —lo recuerdo muy bien, *Rojo y negro*—, una pizca de aquel salvajismo sangriento se colaba por los intersticios de la tarde y lo oscurecía todo... ¿Cómo no me había dado cuenta entonces? ¿Lo sabía entonces? ¿Conocía algo de aquella sangre? ¿Sabía el crepúsculo algo de aquella sangre?

Me quedé mirando el edificio y me quedé meditabundo y entristecido, muy entristecido. ¿En qué piso era? ¿El tercero? ¿El cuarto? No lo recordaba muy bien. Sí, me hubiera gustado que acudiera Marsé y me distrajera de mis cavilaciones, quizás aportando realidad fehaciente que despojara a mis sentimientos de cualquier culpabilidad sin fundamento. Así fue, así fue, así fue...

En ese instante, un coche se acercó, aminoró la marcha enseguida, se paró en no sabía exactamente qué número de la misma calle. Bajaron unos individuos, llevaban en sus brazos un cuerpo desfallecido, goteaba sangre, la sangre se fijó en el pavimento, consiguieron saltar la cerca... Noté que me sujetaban del brazo. Me estremecí y me volví. Era Marsé reaparecido y sonriente, ignorante de lo que había visto, pensé.

—Me he recuperado y he salido pitando de casa. He cogido un taxi. No estabas en la Plaza Rovira. Sabía que estarías aquí. Hablemos tranquilamente de los fantasmas del pasado. Esa sangre seca no nos corresponde.

Acerca del autor

Ángel Rupérez (Burgos, 1953) es un poeta, crítico y traductor español, doctor en Filosofía y Letras y profesor de Teoría de la Literatura en la Universidad Complutense de Madrid.

Publicó sus primeros libros en la editorial Trieste, dirigida por Valentín Zapatero y por Andrés Trapiello, teniendo en la actualidad una extensa obra de poesía, narrativa, ensayo y crítica literaria (prólogos a antologías de Cernuda, Claudio Rodríguez, Francisco Brines; críticas en Babelia).

Ha traducido a poetas ingleses (las cartas de Keats, Lírca inglesa del siglo XIX).

Romeo Vital

El día en que a Romeo Vital le brotaron lirios de la cabeza se despertó con un leve picor en el cuero cabelludo, pero lo que llamó su atención fueron los mechones de pelo dispersos por toda la cama. Toda su familia por parte de madre sufría de una alopecia galopante desde la adolescencia, así que, temiendo que la genética estuviera haciendo de las suyas con efecto retardado, se tocó la cabeza. En lugar de calvas, sus dedos palparon algo así como palitos. De un salto corrió al espejo. Unas ramitas asomaban, y de las ramitas unas florecillas blancas a punto de abrirse del todo.

Se sentó en un taburete y pensó. Había tratado a muchos pacientes que disociaban, conocía de sobra los síntomas y se hizo las preguntas habituales. Excepto este asunto de las flores todo parecía encajar. Era 12 de febrero. Consultó el diario y, tal como cabría esperar, al lado del titular se indicaba la fecha del día anterior.

Otra posibilidad lógica era que estuviera soñando. Se dirigió al salón y abrió un libro al azar: sabía que un buen truco para distinguir sueño de vigilia es leer un texto, apartar la vista y volver a leerlo. Todo era coherente. Volvió a mirarse en el espejo, esta vez con un espejito de mano para verse la coronilla y la nuca.

Acarició los pétalos con cuidado y tras un cuarto de hora ahí plantado y moviendo la cabeza de lado a lado, tomó dos decisiones, la primera, mantener la calma, y la segunda, seguir con la rutina de cada martes: coger

el autobús, comprar tabaco, charlar cinco minutos con la estanquera, atender pacientes, comer en Casa Ros, ir al gimnasio, comprar flores frescas, cenar viendo la película del canal uno, leer en la cama hasta las once menos cuarto, apagar la luz y masturbarse pensando en la estanquera.

Se dio una ducha rápida, eligió un sombrero que no llamara demasiado la atención y una buena excusa para no quitárselo. Se fue sin desayunar: había perdido el tiempo y llevaba dieciséis años sin llegar tarde.

En la calle, todo le pareció natural: la luz se desparrahaba acorde con la hora de la mañana, los viandantes llevaban ropa adecuada a la época del año y el bullicio de los coches lo irritó, como siempre le sucedía de camino a la parada del autobús. Leyó los carteles de los comercios y se fijó en los productos en los escaparates, saludó al agente que organizaba el tráfico y contó las rayas del paso de cebra. Nada apuntaba a un estado de locura transitoria.

«Línea trece» pensó y efectivamente a los tres minutos un autocar de color verde y con el uno y el tres claramente visibles apareció en la parada. Como todos los días, aún quedaban algunos asientos libres en la parte trasera.

Se acomodó al lado de un señor que le pareció viejísimo. Llevaba una boina enroscada y leía el periódico. Lo miró por el rabillo del ojo: 12 de febrero, previsión de claros y nubes. Bien. Apoyó la frente en la ventana buscando señales, signos de extrañeza, pero nada de lo que observó le pareció fuera de lugar. Su compañero de viaje despedía una fragancia de hierba fresca que le hizo recordar la casa de sus abuelos. De niño, pasaba los veranos en una casa destartada al borde del mar con un jardín tan exuberante que los viajeros llamaban a la puerta para poder verlo de cerca. Su madre y sus tías olían a aromas florales aun recién bañadas en el mar y tenían una colección de pelucas que los niños tenían prohibido tocar. Cuando acababa el verano, todos

los niños volvían a la ciudad con sus padres y las madres se quedaban quince días más.

—Para cerrar la casa y prepararla para el invierno —decían.

Ya en el centro psiquiátrico, estuvo tentado de consultar con algún colega, pero el paciente ya estaba en la consulta y no quiso hacerlo esperar. Mientras lo escuchaba, resolvió que aquella contrariedad bien merecía, muy a su pesar, un cambio de planes y decidió sustituir el gimnasio por una visita a su madre.

Dos horas más tarde la llamó desde el restaurante. A Florencia Vital le costó cancelar el taller de jardinería en la cárcel para mujeres.

—Romeo, es que no puedo faltar. Esas mujeres necesitan cuidar flores como beber agua.

Romeo trató de fingir naturalidad, pero la voz le salió un poco aflautada.

—Madre, es urgente. Voy para allá.

Abrió con su propia llave. Sin decir nada y todavía en el pasillo, se quitó el sombrero. Le temblaban las manos. Observó como los ojos de su madre se abrían a cámara lenta, pero en vez de desconcierto le asombró percibir una expresión de ternura. A continuación, se deslizó la peluca hacia atrás y en lugar de cuero cabelludo (jamás había visto a su madre sin peluca) apareció un musguito tierno trufado de florecitas rosas.

—Petunias, dijo ella. Soy de la rama de la tía Luisa. Veo que tú has salido a la tía Eunice: liliáceas.

—Madre ¿qué demonios es esto?

Y entonces, Florencia Vital le explicó.

Le habló de los floreados, de cómo las mujeres habían sido quemadas, los niños vendidos como juguetes y los hombres azotados con varas de espino. De cómo habían conseguido hacer olvidar al mundo que existían convirtiendo su existencia en cuentos de viejas y leyendas.

Le habló del Gran Pacto: no mencionarlo, no buscarse. Sacó un álbum de fotos, pero no de la vitrina del

salón, sino de una caja fuerte que Romeo desconocía: ante sus ojos se desplegaron cabelleras que parecían cascadas de hiedra, melenas salpicadas de nenúfares, rizos de campanillas.

—Una vez al año nos quedábamos en la casa de los abuelos y nos dejábamos crecer. Los maridos se hacían cargo de los niños y nosotros teníamos un respiro.

Aturdido, sintió como su mente se llenaba de bruma. Cerró el álbum, se levantó, se sintió mareado y se volvió a sentar. Apoyó la cabeza en un cojín y cerró los ojos. Trató de ordenar sus pensamientos, pero todo se le arremolinaba.

—Te voy a preparar un té. No pasa nada, querido, te enseñaré a cuidarlo. Con un poco de maña tardarás menos que en afeitarte. Los hombres suelen optar por podarse al cero —su madre le apoyó la mano en el hombro. Romeo no era muy aficionado al contacto físico, pero no se la apartó.

—¿Por qué me pasa esto ahora?

—Es raro, a las chicas nos brota con la primera menstruación y a los chicos con la primera pelusilla de bigote. Quizás la quimio tenga algo que ver.

Romeo Vital había sido tratado de leucemia a los nueve años, sin mayores consecuencias para su salud. Un mal recuerdo sin mayor impacto en su vida posterior.

Aquella noche soñó que la estanquera daba a luz una miniatura de los jardines colgantes y que él ahuecaba las manos para sujetarlos con mucho cuidado.

A la mañana siguiente, el espejo le devolvió la imagen de su calva sonrosada. Su madre le había cortado las ramitas a ras de piel y le había detallado la mejor manera de hacerlo.

—Los primeros meses la piel está sensible y duele, nada serio. Puedes frotar con crema contra la irritación, alivia. Al cabo de unas cuantas semanas la piel se acostumbra —le decía mientras iba cortando ramitas con una destreza asombrosa.

A Romeo Vital, que había llorado por última vez dentro del vientre de su madre, se le salieron dos gruesas lágrimas de los ojos. Allí plantado enfrente del espejo y con un bote de crema en las manos tomó una decisión que chocaba frontalmente con sus principios más elementales: romper las reglas y buscar a los floreados.

Acerca del autor

Sara Montero Anneren (Madrid, 1975) se licenció en Filología Hispánica en la Universidad Complutense de Madrid y, tras algunos años como profesora de español para extranjeros en la Universidad Carlos III, obtuvo la plaza de profesora en el Instituto Cervantes de Curitiba (Brasil).

Actualmente trabaja para la misma institución en Utrecht (Países Bajos) donde imparte clases de español, arte y literatura hispanoamericana.

Rebel, Rebel (D. Bowie)

1985

La primera vez que Alex lo vio sintió un calambrazo interior. Con esos Levi's semi rotos, ese porte elegante gracias a sus ciento ochenta centímetros, a ese pelo intencionadamente revuelto y a esa camiseta de los Psychedelic Furs, arrugada, justita, que encajaba como un hielo en vaso de tubo. Lo fisgó, lo escudriño, lo persiguió, puso toda su atención en esos movimientos, en ese esqueleto.

—Encima parece que tiene acento italiano — pensó.

Era en casa de su primo y era la típica fiesta donde el anfitrión, con buena música, mejor intención y abundante bebida, había aprovechado la salida de sus padres el fin de semana al valle del Tiétar para liarla. Sin saber cómo, por dónde o por culpa de quién, se sabía cómo empezaban esas fiestas, pero nunca cómo acababan.

Allí estaban los sempiternos amigos de su primo, con los que tantas veces había coincidido. Con algunos se había enrollado, unos picos aquí, un tonteo allá, pues sí que es manos largas tu amigo, pues me vales para un rato.

Salió al balcón, lugar privilegiado de observación y decidió trazar la procedencia de aquel tiarrón y preguntarse cómo, hasta ese momento, no había tenido conocimiento de su existencia. Se fijó en chorradas que le atraían: cómo sostenía la copa, cómo reía, cómo seguía el ritmo de la música, en su voz aterciopelada...

Hasta ese día Alex no había sentido nada igual. Y es que, hasta entonces, sexualmente hablando, no lo había tenido claro. Había tonteado con chicos y chicas indistintamente, de momento se reconocía que el mundo femenino le atraía mucho más que el masculino. Donde ella encontraba “empathy” era con las de su género: acariciaban mejor, escuchaban mejor, besaban mejor.

Con los chicos nunca había alcanzado ese punto y tampoco es que hubiera tenido muchas experiencias. Recordaba aquella primera vez, con aquel vecino, después de aquella fiesta en la piscina de la urbanización. De aquella mala experiencia culpó al alcohol y al vecino. Y se hizo perezosa.

Con las chicas, en cambio, era todo más natural, todo fluía mucho mejor.

“Hasta ese día”, pensó. En el balcón, con el frío de la noche, resolvió que a aquel pavo tenía que conocerlo, y, casi instantáneamente, concluyó que iba a formar parte de su vida.

Luka llevaba en Madrid once meses. Dejar a los 18 años tu ciudad y a tus amigos fue un duro golpe. Sólo los conciertos le hacían transportarse a su Roma natal. No se perdía ninguno de los del Rock-Ola. Se pasaba allí de jueves a sábado: grupos británicos: The Chameleons, The Sound, Echo and the Bunnymen o grupos españoles que no le hacían mucha gracia. Iba solo o iba acompañado. Le daba igual. No se perdía uno. Por ahí aparecían y él los veía en primera fila.

Se movía según sus gustos musicales. Los primeros meses, sin entender bien todavía el español, buscaba locales donde la música le acompañara. Le hablaron de Malasaña y lo pateó entero. Si al pasar por delante del local resonaban los Clash o a los Kinks, ahí que se metía. Se pedía una cerveza tras otra y, asintiendo con la cabeza, seguía los ritmos de Ray Davies. Ahora los Church, ¡otra birra!

Los de su clase no le seguían la onda, ellos preferían ir a Tartufo o a Pachá donde había tías. Sí, tías muy guapas y “limpitas”, aquellas que se “colaban en las fiestas” de Mecano y “ponían picapica” a los Hombres G. A él le encantaría encontrar a esa Chrissie Hynde con quien compartir esas noches.

Aquella noche, Nico, el más afín a él, le dijo que le acompañara a casa del amigo de un amigo, por el Paseo de la Habana, que iba a hacer una fiesta de “puta madre” con buena música. Poco se fiaba del pronóstico de Nico, aunque nada tenía que perder. Se prometió que si sonaba el “Cadillac Solitario” se piraba.

Loquillo esa noche no apareció o, si lo hizo, no se enteró. Lo que si apareció fue un destello hipnótico que provenía del balcón y que lo cautivó. Dejó de hablar con quién estaba y hacia allá se dirigió. Nunca había sentido esa atracción. Nunca puso tan poca resistencia.

Aquella noche era de las especiales. Venía a tocar a Madrid por primera vez, Barbara Gogan con The Passions. El Rock-Ola estaba a reventar. El *glamour* que el grupo despertaba llenó la sala con lo mejor de la noche madrileña.

Era la primera vez que salían juntos y Luka había elegido llevarla a un concierto. Desde el encuentro en el balcón sólo había pasado una semana. Esperar desde el domingo hasta el viernes le había parecido como atravesar el Gobi, inacabable.

Luka la recogió en su casa, en su Guzzi v65 recién estrenada. Durante el trayecto hasta Padre Xifré, Alex, con cada leve cambio de velocidad, con cada frenazo, con cada aceleración, se arrimaba hacia su cuerpo. En el semáforo ambos reían. La velocidad obligaba a alzar la voz y a juntar las cabezas, los labios. Todo iba rápido, la moto, las pulsaciones, los deseos.

Durante el concierto, Alex no paró de bailar. Luka era más tranquilo. Con la excusa de buscar una mejor visual, ella se puso delante de él, dándole la espalda,

afinando la distancia. A medida que avanzaba el concierto, Alex se rozaba, midiendo el ritmo de cada canción, midiendo el ritmo de cada corazón. Los vaqueros se juntaban y se separaban al compás del bajo. Al finalizar cada canción silbidos, aplausos, sus bocas junto a las orejas, susurros, risas, insinuaciones.... Y con la siguiente canción el ritual se repetía, cada vez más próximos, más acompasados.

1995

Salía con frecuencia tarde de la agencia. Allí se pasaba horas y horas. Le molaba la publicidad y no se le daba nada mal. Aquel anuncio del Ford Fiesta que él ideó había tenido mucho éxito. Era considerado dentro de la empresa y empezaba a despuntar en el sector.

La rutina de vuelta a casa era siempre la misma: en moto en dirección a Serrano, hasta la Puerta de Alcalá, y giro hacia O'Donnell. Aparcaba en el garaje y de ahí a casa. Si alguna tarde algún amigo le proponía algún plan de cañas, se apuntaba, aunque esas salidas eran cada vez más escasas. Casi todos los amigos se habían ido casando hacía poco, algunos ya habían tenido hasta hijos.

Vivía solo, le seguía costando compartir, buscaba la independencia. Hacía ya años que se había propuesto no atarse a nadie.

Nunca se decidió a volver a Roma. Con el paso de los años su progreso profesional le ató a Madrid y la verdad es que no se podía quejar: un buen sueldo, una buena posición. En lo personal echaba de menos los años pasados, aquella música, aquellos conciertos. Aquello que vivió.

El paso de Alex por Copenhague marcó su vida. Sus padres la obligaron a mudarse a Dinamarca con ellos, y supuso un duro golpe. Volvió a empezar sin saber qué hacer, sin conocer a nadie, sin Luka.

A los dos años inició Diseño en otra ciudad y se distanció de su familia. Allí conoció a Karen, quién le ayudó a sentirse mejor, a reconocerse y afianzarse, a iniciar su metamorfosis.

Al acabar sus estudios, pasó a trabajar para una multinacional en Aarhus, era la encargada de las compras de pieles para su línea de bolsos. Karen siguió siendo su mejor apoyo y cómplice, quien le devolvió sus ganas. Con los años su transformación fue evidente. A pesar de lo difícil de su reafirmación, su soledad, ser discriminada y rechazada, Alex sonrió de nuevo, sintió de nuevo. Todo ese cambio, en la lejanía, sin miradas, sin duda le ayudó, fue más natural.

1997

Una mañana, al abrir el correo electrónico, Luka encontró un mensaje que le descompuso: "Hola Luka, soy Alex y me gustaría verte".

El Vips de López de Hoyos estaba a reventar. La hora de la merienda se había convertido en hora punta gracias a las tortitas con nata. Grupos bien vestidos y acicalados copaban las mesas y el servicio de atención no daba abasto.

Alex llegó 15 minutos antes de la cita. Tuvo suerte y pudo elegir una mesa desde donde poder observar la llegada de Luka. Nunca recordaba haber tenido esos nervios. Habían pasado doce años desde que se vieron por última vez y los contactos entre ellos habían sido nulos. Alex siempre se culpó de ello y, aunque en alguna ocasión hubiera querido intentar localizarle, le faltó el valor para hacerlo.

Esta vez no podía volver a hacer lo mismo.

Luka estuvo a punto de no ir. Llevaba dos días casi sin dormir, insomne desde que recibió el correo. Las preguntas le abordaban. La ira, que creía haber superado, rebrotó. Sólo el recuerdo de aquellas noches lo empujó a ir, deseaba volverla a ver. Primero, la pediría explicaciones; se prometió escucharla. Luego, en

función de cómo fuera todo, decidiría si irse o seguir hablando con ella. No podía volver a pasarlo tan mal de nuevo.

Entró y miró por todo el local. Las mesas estaban todas ocupadas, muchas conversaciones cruzadas, un grosero murmullo que recubría el ambiente.

No la veía. ¿No habría llegado?, se preguntó. Se acercó al camarero y le preguntó si tenían alguna mesa libre; este le dijo que no, tenía que esperar.

Hecho un manojito de nervios se fue a esperar a la zona de papelería. Mientras hojeaba una revista a la espera de que le dieran una mesa, oyó una voz llamándole por su nombre. ¡Luka! Era ella.

Levantó la mirada de la revista, pero no la encontró. Se dio la vuelta y tampoco. ¡Luka! Giró otros ciento ochenta grados y sus ojos se abrieron como platos. En su pecho sintió un palpito acelerado, un vuelco en el estómago. Su voz emocionada se quebró: ¿Alex?

Quedaron en la puerta de La Riviera.

Doce años después, Luka aún recordaba nítido aquel concierto en el Rock-Ola. Para él aquella noche fue inolvidable. De hecho, cada vez que asistía a un concierto le venía a la cabeza aquella pasión que tanto había echado de menos. No recordaba la cantidad de conciertos que había visto, aunque ninguno como aquella noche.

Después del encuentro en el Vips, por extraño que pareciese, sintió como que el tiempo no hubiera pasado, como si se hubiera detenido hace 12 años y arrancara de nuevo ahora.

Los nervios previos del reencuentro con Alex, la incredulidad inicial, la reflexión, la larga conversación que mantuvieron, todo ello allanó lo que parecía imposible allanar. No sin esfuerzo, no sin miles de preguntas. Y, aun así, dudas. En un lado los sentimientos, en otro la realidad.

Los sentimientos de Alex no eran muy distintos.

No quería echar a perder esto que por lo que tanto había luchado. Hablando dos días antes con Luka, comprobó que sólo deseaba recuperar el tiempo que había perdido. Las dificultades podían llegar a ser aún mayores que antes, pero había vuelto para superarlas, apostaba por ellos dos.

El grupo británico James completó un concierto magistral. Su repertorio era sobradamente conocido por la gran mayoría.

La sala estaba abarrotada. Todos cantaban al unísono:

*Say something, say something, anything.
I've shown you everything,
Give me a sign...*

Todos, menos una pareja de hombres que ocupaba el centro del público y que no dejaban de besarse, de acariciarse, de magrearse.

Uno malhumorado que estaba junto a ellos le dijo a su amigo: "Joder con estos maricones, ya podían ir a darse el lote a otro sitio".

Acerca del autor

Jesús Sánchez-Girón Forniés (Madrid, 1965) es un empresario apasionado por la tecnología, la innovación, la música y la escritura.

Con amplia experiencia en el desarrollo de software y plataformas informáticas (Koolfest despunta en la organización de eventos como EducaFestival), destaca por su creatividad, sus habilidades analíticas y su pasión atlética.

Este relato literario marca su debut en la publicación, tras una larga trayectoria como escritor *amateur*.



Poco ordinario

Grande y abandonado a su suerte durante años. Así era el jardín que había tentado al nuevo propietario de la casa y que había espantado a la nueva propietaria. Sabiendo como sabía que el entusiasmo visual de su marido no iba a llegar a acción eficaz, intentó disuadirle de la compra. Pero ahí estaban los dos. Observando desde los pocos metros cuadrados practicables la maraña de hierbas capaces de sobrevivir y progresar en medio hostil. Buscando afanosamente indicios de la geografía enmascarada por toda esa maleza incluida en el precio de la casa.

La señora lanzó una primera salva de sarcasmos sobre la disposición de su marido a la jardinería y le hizo notar que ella se lavaba las manos. Él intentó embarcar a sus dos hijos en la tarea. Ante la indiferencia de ellos y la enésima salva de sarcasmos de su esposa, se compró unas escasas tijeras de podar que le permitieron únicamente sudar y blasfemar durante media hora.

—Al final —dijo algunos días después— creo que lo mejor va a ser buscarse un jardinero. Tengo ya el número de algunos, así que voy a ir llamando a ver.

Le llevó algún tiempo dar con uno disponible que incluso le dio fecha precisa y no muy lejana para ver el jardín y dar presupuesto. Aguantó con modestia todas las observaciones de su esposa sobre el gasto inoportuno y no replicó ante los ya lo sabía yo. Cuando sonó el timbre, el día y la hora señalados, fue a abrir con expresión de agradecimiento. La señora también salió a echar un ojo y se atascaron mutuamente en la puerta

del recibidor. Abrió él, miró al individuo que tenía delante y tardó demasiado en saludar. Ella asomó la cabeza por detrás del hombro de su marido y no dijo palabra. Lo que les hacía aproximarse a la mala educación era la buena caída del traje gris marengo y la corbata discreta del hombre que, tras saludar, les estaba preguntando si era ahí donde necesitaban un jardinero.

Le hicieron entrar y lo llevaron hasta el jardín. No tardó en dejarles atrás y avanzar por la zona más despejada, poniendo cuidado en no engancharse los pantalones ni la chaqueta. Pasó un buen rato girando sobre sí mismo, inclinándose, alzándose y apartando algunas ramas que le quitaban la vista. Después se acercó a ellos sacudiéndose con cuatro manotazos eficaces la poca tierra que había podido coger.

Les preguntó qué era exactamente lo que querían. Ellos no supieron contestar con precisión y se limitaron a pedirle que pusiera césped y unos macizos de flores en los laterales. Sobre todo, que no diese mucho trabajo. Él les indicó que había plantas y arbolitos que quizá querrían salvar. Pero lo único que obtuvo fue una delegación completa de responsabilidades.

Miró otra vez al jardín, les dijo que necesitaría diez días para hacerlo y los valoró en mil doscientos euros. El propietario aceptó sin mirar a su mujer hasta que el jardinero se hubiera marchado.

Los comentarios tardaron y se orientaron hacia el personaje más que hacia el precio. Ese traje, esos andares, la voz, las manos. Tenía poca pinta de jardinero, eso era. Pero el nudo de misterio incipiente quedó disuelto por un hallazgo evidente. Sería el jefe, sería una empresa, y el día convenido se presentaría un jardinero como dios manda, decía él. Vestido como se visten los jardineros, decía ella, aun careciendo, como su marido, de una referencia precisa.

Pero el día convenido se presentó el mismo individuo. No llevaba el traje gris marengo. Llevaba uno verde oscuro, con corbata a juego. Saludó con el mismo tono neutro del primer día y pidió permiso para

utilizar un cuarto de baño. La señora le cedió el del sótano y cuando salió para descargar la camioneta, llevaba unos pantalones viejos de estilo militar, unas botas de puntera dura hasta el tobillo y una camisa gruesa de manga larga. El traje, la corbata, los zapatos, la camisa blanca habían quedado, la señora lo comprobó, colgados en una percha. Reunió el material en el jardín y con azadón y rastrillo empezó a abrir en la superficie impracticable una zona hospitalaria de tierra removida.

La señora, desde una ventana del primer piso, observaba a intervalos. Comprobó que trabajaba rápido y que no se quitaba los guantes. Claro, dijo.

Su marido llegó a la hora de comer. Entró con una precipitación manifiesta no en la velocidad sino en el gesto interrogante. Se informó sobre el jardinero e incluso bajó al cuarto de baño a ver el traje.

—Bueno —dijo—, un poco pijín, pero dices que trabaja bien. Si trabaja bien, pues mira, qué más da. Voy a acercarme a ver qué se cuenta y le voy a ofrecer algo de beber, que se lo ha ganado el hombre.

Abrió una cerveza, le dio un trago y cogió otra para el jardinero. La señora, a sus cosas, no percibió muy bien el tiempo que pasaba fuera, pero sí el rictus de contrariedad que traía al entrar en la cocina.

—Joder —empezó—. Esto es el copón. Llego yo con mi cerveza en la mano y ¿cómo te crees que me lo encuentro? Sentado a la sombra, con una maletita de madera abierta. El almuerzo del señor. El tío, con una botellita de Ribera del Duero y bebiéndolo en copa. Y que si jamón serrano, torta del Casar, puntas de espárragos y yo que sé qué más. Y yo ahí con mi botellín como un cretino. Si hasta me ha ofrecido él a mí una copa.

Y se quedaron callados.

Ni siquiera sacaron a relucir los progresos en el jardín. Sólo al coger la fuente para llevarla a la mesa, la señora encontró una manera de responder. “Muchas confianzas se toma”, dejó caer mirando al suelo.

Mientras comían, la poca conversación se concentró en los pacientes que había tenido él por la mañana. No dio mayor explicación cuando, en medio del primer plato, descartó el vino corriente y bajó al sótano a buscar una buena botella.

El jardinero estuvo trabajando hasta que se le acabó la luz. Sólo cuando se había cambiado de ropa les buscó para despedirse hasta el día siguiente.

—Yo lo que digo —concluyó el señor tras informar a sus hijos durante la cena— es que este no es jardinero. No sé qué será, pero jardinero no es. ¿Te das cuenta de todo lo que hace? Eso no son cosas de jardinero, hombre.

Y se les quedó mirando, con exigencias de confirmación y de apoyo. El hijo pareció asentir, sin más. La hija intervino.

—No sé —dijo mirando a su hermano—, pero con el pastón que se lleva por diez días de trabajo, se puede pagar trajes, botellas caras o lo que sea. ¿Yo qué sé?

Su padre dejó las cosas en un ya, ya y cambió de tema. Evitó, además, sacarlo durante los demás días y también evitó lo más posible al jardinero. Por las mañanas, antes de que llegara, salía con su mujer al jardín para comprobar si la cosa avanzaba. Antes de comer, miraba desde la ventana y se asomaba al cuarto de baño del sótano según iba a buscar una botella.

Al décimo día, al caer la tarde, el jardinero, todavía en atuendo de trabajo, les pidió que salieran con él. Les dio detalles sobre todo lo que dejaba hecho. Les explicó que el césped tardaría unos quince días en apuntar y que, si no llovía, tendrían que empezar a regarlo frecuentemente. Preciso el nombre y las exigencias de las flores y arbustos plantados y respondió a las pocas preguntas que le hicieron antes de ir a cambiarse. Volvió trajeado y sacó del bolsillo interior de la chaqueta la factura. El señor olvidó su plan inicial de pagarle en dinero negro y se sentó a hacerle un cheque. Al dárselo, no pudo contenerse.

—Oiga —le dijo—, hay una cosa que, no sé, me digo yo desde el primer día y, no sé, vamos, que me da a mí que usted no es jardinero ¿verdad?

—Perdone —contestó el otro tras un silencio y una mirada rápida en dirección al jardín—, pero no comprendo muy bien lo que quiere usted decir.

—No, nada, nada.

Y suprimiendo su pregunta con la mano, se levantó para acompañarle hasta la puerta. Se limitó a un adiós y gracias y volvió al jardín. Lo recorrió despacio varias veces, repasó con la mirada los macizos de flores y los arbustos, pasó la yema de los dedos por la tierra alisada donde se veían semillas de césped, comprobó que todo estaba limpio y acogedor.

Y, ahí en medio, respiraba profundo y acariciándose la garganta para soportar mejor la certeza persistente de que le habían engañado.

Acerca del autor

Mario Barra Jover (Madrid, 1965) es Doctor en Lingüística Romance y Catedrático de Lingüística General en la Universidad de París 8, de la que ha sido vicerrector. Es Premio Menéndez Pidal de la RAE (2000).

Ha publicado libros y numerosos artículos científicos en revistas especializadas. Su última publicación (*Sur la régularité*, Presses Universitaires de Vincennes, 2023) es la primera en el ámbito de la filosofía analítica. Como creación literaria, además de varias obras inéditas, publicó *Costanza del silencio* (Ediciones Dauro) y *El lápiz de Lucrecia Borges* (Editorial Crisol) en 2016.

A buen recaudo

Dos ancianas salen, como pueden, de la parte posterior de una furgoneta abarrotada. A esas horas, en Sorongo, se mezcla el bochorno del atardecer tropical con los zumbidos de los mosquitos; la fatiga de un día caluroso con la esperanza del descanso nocturno. La carretera de arena está desierta. Sólo se escucha la música del interior del vehículo, los lamentos sofocados de sus pasajeros y un desenredar fibroso de cuerdas y bártulos. En su techo, un hombre se afana en encontrar la maleta que esperan las dos ancianas. Visten una túnica ennegrecida que debió de ser, antes de conocer el polvo, blanca. Al recibir la maleta, deciden llevarla sobre el sudor de sus cabezas, coronadas por un cabello estropajoso y quebradizo. Lo harán por turnos. Pero antes entregan dos monedas al conductor y se despiden.

—*Kanimambo, makwero.*

Dejan el camino principal para internarse en una maleza verde y frondosa, poblada de espinas que les hieren, con pequeños cortes, sus pies desnudos. La desvencijada maleta es de color negro, con las cremalleras a punto de deshilacharse. Cada cierto tiempo, la bajan, la apoyan en el suelo y la levantan conjuntamente para apoyarla en su otro relevo. Minutos después de ese lento tránsito, que se va convirtiendo en ritual a pesar de lo espontáneo, llegan a una choza de adobe. El silencio la sella desde dentro, mientras que afuera, el estruendo de las cigarras da la bienvenida a la noche.

Las ancianas rodean la casa tirando ahora de la maleta, que tiene una de las ruedas atascada y avanza con dificultad. La dejan a continuación al pie de un baobab. Una de ellas se agacha y la abre. En su interior asoma un bulto cubierto por una tela de colores que comienzan a ver con dificultad. La otra mujer se acerca, saca el contenido de la maleta y, en un acto instintivo, parece acunarlo. Y se dirigen a la parte posterior del baobab. La más pequeña se arrodilla y comienza a arañar la tierra: su remover rítmico y seco se incorpora a los ruidos del crepúsculo. También lo hace una nana que se va convirtiendo, poco a poco, sílaba a sílaba, en una especie de plegaria.

—*Makun makun Bebe o makun... kongo de be Bebe la í makun sa...*

Cuando termina el canto también se paran las manos de la otra anciana. Delante de ellas, un agujero vacío del tamaño de la maleta. Ahora dejan el bulto en el suelo y desenredan la tela que lo cubre. El rictus de una niña de unos tres años asoma entumecido. Las livideces y el rigor mortis están de camino. El cuerpo le huele a la mezcla de vómito y desinfectante que, unas horas atrás, ha impregnado su piel negra en la morgue. Los ojos encorvados parecen mirar atónicos a la diarrea que los secó. Y el rosario de sus costillas da cuenta del hambre funesto que ya no tendrá.

—Ya puedes meterla.

La más alta y oronda deposita el cuerpo, despacio, en el fondo de la diminuta fosa. Ayudándose de un pie, la otra comienza a tapparla con la arena del montículo que la rodea: sin palabras, hasta que Anura queda totalmente cubierta. En ese momento, miran al cielo, se secan el sudor y, olvidándose la maleta hueca a la intemperie, se dirigen hacia la chabola.

Acerca del autor

Rosauro Varo Cobos (Córdoba, 1982) es pediatra, investigador y cooperante.

Ha publicado un libro de cuentos titulado *El embudo* (Andrómina, 2014); dos novelas: *Plagio* (Ediciones en Huida, 2018) y *Lugar común* (Mixtura, 2022), y un ensayo titulado *África, racismo y colonialismo: una herencia presente en la salud global*, ganador del XIII premio de ensayo Casa África (Catarata, 2023).

Poesía

¿Te vas?

Me voy.

Consuélate envolviendo las pestañas
en esas lágrimas
que te hacen tan bella
canta las canciones del coche nocturno
con esa voz
de amor inconfundible.

No hables.

Miraré el azul desde el collado
y en tu sombra dejarán huella
los mirlos del destino
bebiendo de la fuente que me dejas,
llenando los bolsillos de frescura,
y así regar mi camino con tus ojos
de agua cristalina.

¿Lloras?

No lo hagas,

porque has colmado ya con creces
lagos de soledad,
y no hay una felicidad
más densa
que la que me alcanza hoy
al verte por última vez,
por vez primera.

Me río del camino
y de su dirección prohibida,
de su comienzo y meta.
Transito por la senda paralela,
finjo que soy poeta
y engaño, lo juro por mi vida
al pueblo y al profeta

Me río del soneto,
y del alejandrino
de la literatura sacrosanta,
de los imponentes,
los consagrados, los celebérrimos
los condecorados,
los ampulosos, los que han llegado
los que quieren llegar.

Me río de la dificultad
de los poemas,
del sufrido trabajo del creador
creado,
y del mundo tan serio,
del canapé variado,
de la pose indecente,
de los estúpidos, de los pedantes,
de la turbia marea de asentados.

Me río — en fin —
del sublime río de excrementos
que perfuma mis sentidos
tan sagrados
y sin saber cómo
los convierte
en versos.

Acerca del autor

Almudena García-Orea (Madrid, 1952), catedrática de Historia del Arte, ha publicado diversos artículos sobre Arquitectura, Historia y Educación Medioambiental, así como diversos poemas en la revista *Tierra y Tecnología*, en la que colaboró en diversas ocasiones.

En 2001 ve la luz su libro “Línea divisoria” en el que desvela su personal mundo poético. En 2004 la editorial Eneida publica, en el marco de una colección de Bestiarios, su libro “Animalario peregrino, un Bestiario del Camino De Santiago”.

Actualmente colabora con Raúl Fernando Gómez en el programa Senderos Jacobeos, sobre dicho tema.

Solta y Toza

Solta y Toza queda libre y queda coja.

Si me libra su alma roja, de suave aroma
ella sonroja.

De ataduras y memorias
de dulce miel y rotos corazones.

De entre tejidos coronarios, en siluetas
de pasiones de encomendadas ilusiones;
con pasaporte de desamores.

¡¡Oh, triste amor!!, que viene y se va;

¡¡Oh dulce sin razón!!, que tantos
problemas da. Con cabeza loca nada se gana,
de corazón ardiente todo se pierde.

De mente fría todos se escandalizan.

Clava tus rodillas en el reino y úngete,
con el ungüento, bendito del amor para que los días,
sean llevaderos y la muerte pasajera, digna compañera
de consolada pasión.

Edad temprana, adulta y anciana, en la puerta, te esperan con
ansiosa tristeza y terror; por lo que perdemos, y no nos
llevaremos, con pesada carga; solo nuestros bellos recuerdos
y un manto de llantos, que envuelto de rosas, será
maravillado a los ojos, de los pájaros, que al su cantar, la otra
vida transporta, con el sigilo pasajero y el billete, al otro lado
de tu yo y mi ser.

De la memoria y del olvido; queda el vago

recuerdo, del amargo arrepentimiento de lo que no
hice,
y dejé sin hacer.
Juguemos en el monte del olvido, ya que nos toca crecer.
Del amor banal terrenal, al espiritual puro y eterno. Del
materialismo
cruel y difuso, al brillo cegador de la eternidad. El vínculo
ancestral del tú y yo, no se estremece,
con cadenas ardientes de injusticia; ya que se mantiene
firme como el amor de un perro a su amo.

En el abismo nos encontraremos, cenaremos y
viviremos sin descanso es el digno trofeo, que
merecemos
a tanto sufrimiento.

Acerca del autor

Roberto Carlos de Leyva (Orihuela 1981), cantautor desde los 14 años, ha trabajado para Mediaset y el Vaticano.

Poeta urbano, ha llevado su arte a nivel internacional con actuaciones en Italia, Inglaterra/Reino Unido, Holanda/Países Bajos, Las Vegas (Nevada, EE. UU).

Vivir, no morir

De lágrimas salen los versos,
Los versos que quieren salir
Para volar al universo
Y para vivir, y no morir.

Se esfuerzan por ser escuchados
Aun cuando les callo tan fuerte
Me cuesta sacar mis pecados,
Y elijo la vida a la muerte.

Solía escribir para dentro
Con versos inversos en mí.
Será que ya no lo aparento,
Será que de dentro salí.

Acerca del autor

Iryna Oliinychenko (Kiev 1984), *coach* experta en comportamientos y liderazgo, centra su labor entre el emprendimiento y la ayuda a sus compatriotas en el exilio.

En su currículum literario consta ya una primera publicación sobre su poemario.

El billete

A veces en la vida, sin sospecharlo, se nos presentan situaciones que la mayor parte de los mortales rehúyen, emocionantes guiños a nuestro instinto canalla, un respiro, un soplo de aire fresco estimulante, un premio al olfato de cazador siempre alerta, una “mano” prometedora que un jugador profesional nunca rechaza por quebrado que esté su bolsillo: Rien ne vas plus, dice el croupier para cerrar apuestas.

Volvían a casa en taxi después de una tediosa tarde de compras, cuando Fran propuso a su hijo tomarse algo en el restaurante de la esquina; la proposición le pareció excelente al joven lo que a Fran le agradó sobremanera, no tenía malditas ganas de preparar cena, le tocaría —como siempre— tener que recoger y dejar la cocina impoluta antes de acostarse.

El local elegido no tiene categoría de restaurante pues ocupa un semisótano al que se accede descendiendo por un pequeño e incómodo tramo de escalera y en el que puedes dejarte la frente si no andas con cuidado. Se encuentra cerca de casa, en los Jerónimos, un área donde él vive como pez en el agua y del que no duda en presumir cuando se le presenta la ocasión.

El antro es pequeño, con pocas mesas y una barra corta en la que apenas caben tres personas, y con la que te das de bruces fácilmente al descender. Sin embargo, los productos que salen de la cocina —de la que nuestro personaje desconoce sus dimensiones, aunque sospecha que acorde a lo reducido del local— son de una

sorprendente calidad y los menús sugerentes y variados; los dos dueños, aunque de una amabilidad algo impostada, se esfuerzan por impresionar con sus creaciones culinarias.

Aquella noche la sala rebosaba de gente celebrando lo que parecía una cena de empresa antes de Navidad. Un hombre calvo y una dama acaparaban la barra frente a la cual, milagrosamente, había libre una pequeña mesa alta con dos taburetes, situada entre la escalera de acceso y una ventana con barrotes exteriores de forja, típica de los semisótanos de los elegantes inmuebles del entorno.

Al descender preguntaron al camarero, mientras iniciaban el asalto a la mesa — como si de un preciado botín se tratara —, si aún estaban a tiempo de pedir algo para cenar y si podían ocupar la mesa vacía de la que iban tomando posesión ostensiblemente. Uno de los dueños, un tipo bajito y melifluo encargado de atender a los clientes, salió de la cocina en ese momento y con sus ademanes, ya dije, algo forzados, dio el visto bueno al asunto, invitándoles a sentarse y preguntándoles si querían algo para beber mientras hojeaban el menú.

En el momento en que tomaban asiento, Rubén, el hijo, preguntó a su padre — en tono burlón y señalando el suelo a sus pies — si tenía por costumbre ir sembrando de billetes de cincuenta el suelo que pisaba; Fran observó que en el suelo, efectivamente, el billete se le ofrecía como fácil presa a su instinto cazador, doblado y algo arrugado.

El hostelero le rio la gracia al muchacho y Fran, como un resorte y sin pensárselo dos veces se agachó, lo recogió con descarada naturalidad y lo incorporó al caudal de su bolsillo, expresando alivio gestualmente por la recuperación y, siguiendo la broma y para zanjar el asunto, se disculpó ante ellos diciendo que no era su costumbre ir regando la calle de billetes de curso legal, pero que su despreocupación en la gestión del bolsillo, donde llaves monedas y billetes se mezclaban aleatoriamente, a veces, le pasaba factura. El

hostelero no objetó nada y aceptó con naturalidad la apropiación del billete. Tomaron finalmente asiento, pidieron un refresco y un vino y se dispusieron a estudiar la carta mientras aquel se alejaba para cumplir con la comanda.

Rubén, de unos veinticinco años, no pudo evitar inquirir a su padre sobre la legitimidad del apropiamiento, si estaba seguro de ello; aquel, inmediatamente, le selló la boca con un enérgico gesto y le indicó con discreción que no hablaran del asunto en ese momento pues el local era pequeño y “las paredes oyen”.

Así pues, repasaron la carta y decidieron sobre lo que tomarían. Aún durante unos instantes Fran sintió a su hijo algo incómodo. En el momento en que ya tenían claro qué pedir, acudió el camarero con las bebidas, abrió con profesionalidad la botella de vino y le sirvió al padre una pequeña cantidad para que lo catara. Este se tomó su tiempo; con ademanes expertos y un ritual bien aprendido dio muestras de agrado por la elección y pidió al camarero que dejara la botella en la mesa, completando la orden acto seguido.

Al cabo de un buen rato el camarero acude con el primer plato y un paso por detrás también su jefe, quien dirigiéndose a los nuevos clientes les pide disculpas de antemano por lo que iba a preguntar; el padre no se sorprendió, es más, esperaba algo así pues había percibido un discreto revuelo por detrás de la barra instantes antes y su olfato le alertó sobre el motivo del “abordaje”; aceptó las disculpas con estudiada y leve indiferencia, animándole a que se explicara; así pues, el hostelero empieza por preguntar al padre si estaba seguro de que el billete que había recogido del suelo era suyo. Al instante aquel transformó su expresión facial en la de incredulidad y desagrado por la pregunta. Insistiendo en la petición de disculpas y haciéndole ver a su cliente que su sospecha estaba justificada, manifestó que su camarero había descubierto que le faltaban cincuenta euros de un cobro anterior que, según él, había introducido en su mandil.

El giro de los acontecimientos ofrecía dos opciones: replegar velas con una disculpa y entregar el billete o iniciar una disputa cuyas consecuencias resultaban imprevisibles. El hombre optó —en milésimas de segundo— por la defensa, a capa y espada, de su titularidad. Recogió el guante y se dispuso a afrontar la situación con la gallardía de un hidalgo a la vieja usanza; experimentó la íntima transformación requerida y permitió que transcurrieran unos segundos de aparente desconcierto antes de emitir una respuesta bien elaborada y de paso acrecentar la incomodidad del interlocutor. Con estudiada actitud de estupor, le hizo ver al hostelero que su comportamiento le estaba incomodando, de tal modo que aquél no tuvo más remedio que retirarse con un gesto de resignación.

Rubén, mientras tanto, miraba a su padre con preocupación, su juventud e inexperiencia le pasaban factura; su padre le hizo un gesto de apaciguamiento y leve sorna para transmitirle calma y seguridad; el improvisado aplomo del que hacía gala, en parte, lo debía a la experiencia adquirida tiempo atrás como actor teatral amateur y a su exitosa y reconocida habilidad en las procelosas aguas del comercio.

Continuaron con lo que se les había servido y cuando acabaron, el propio hostelero —con sorprendente diligencia— acudió a retirar los platos y aprovechó para insistir en el asunto de marras. Fran le hizo ver de nuevo que su actitud era muy desagradable e impropia. El hostelero volvió a deshacerse en disculpas diciendo que al camarero le faltaba dinero y que debían entender su insistencia en aclarar lo sucedido ya que le iba a resultar un quebranto económico a su empleado.

Semejante argumento dio alas a Fran para alimentar el desasosiego de su interlocutor y desarmarlo limpiamente: le preguntó si pretendía extorsionarle emocionalmente con la posible sanción a su camarero por la supuesta pérdida y le amonestó por su lamentable actitud, tanto con un cliente como con el empleado. Rápidamente el hostelero replegose en su argumentario y

se desdijo afirmando que en absoluto iba a sancionarlo, que él era un caballero y jamás se le ocurriría algo así. No desaprovechó Fran la oportunidad de reprocharle que, no obstante, justo antes, lo había sugerido.

Una vez recogidos los platos con los restos de la primera parte del condumio, transcurrió un buen rato sin que se produjera ningún cambio. Tras la barra, jefe y empleado estaban sumidos en un forcejeo dialéctico indisimulado que duró largo tiempo; era ostensible que lo que hacían era elaborar una estrategia para no soltar la presa y que el planteamiento de la misma generaba desacuerdo, especialmente por parte del camarero; la segunda parte de la comanda ya se demoraba.

Tras un lapso de tiempo inusualmente largo y finalizado el cuchicheo entre ambos, sellado con un asentimiento resignado del camarero, este se aproxima a la mesa para confesar compungido que había perdido un billete de cincuenta, que sentía muchísimo lo que estaba sucediendo, pero que los señores debían entender su insistencia; era notorio que se trataba de una torpe interpretación que no hizo más que reforzar la determinación de Fran de no soltar la presa. Siguió la corriente al camarero adoptando una actitud comprensiva y amable, mucho mejor elaborada expresivamente, enfatizando que él también lo sentía muchísimo; con ánimo conciliador le preguntó cómo creía él que se había producido la pérdida, a lo que respondió que había comido atropelladamente aprovechando un momento de calma, precisamente en la mesa que ocupaban, que probablemente se le caería entonces.

Tras meditarlo unos instantes a Fran no le pareció inteligente discutir con el camarero la veracidad de su relato, pero le hizo ver que resultaba inverosímil que el billete que acababa de recoger del suelo fuera el que él supuestamente había perdido. “¡Un billete de cincuenta euros no pasa inadvertido en el suelo de un bar, a la vista de todo el mundo, nada menos que ocho horas!”, le dijo.

Era ostensible ya el malestar y nerviosismo del camarero, en cambio Fran sentía el viento de cara y como buen navegante lo disfrutaba en la singladura de la escena; a pesar de todo, el camarero respondió que habían tenido mucho trabajo y que había comido en un momento de desahogo a las siete de la tarde, no a las tres; de nuevo Fran le expuso al camarero que un billete de 50 euros no pasa inadvertido cuatro horas en el suelo de un bar a la vista de todo el mundo, que no podía aceptar su argumento pues era pueril; era más verosímil que el billete cayera inadvertidamente de su propio bolsillo el mismo instante en que se dejó ver y que este forcejeo y su tenacidad de perros de presa le estaba resultando ya insoportable.

Se retiró el camarero de nuevo con las orejas gachas y Fran aprovechó para insuflarle ánimo a Rubén; su incomodidad se había acrecentado, era comprensible – pensó –, hay que tener unas cuantas horas de vuelo para pilotar con aplomo en meteorología adversa; le guiñó el ojo derecho para hacerle ver que tenía el control de la situación y le susurró que probablemente alguno de sus antagonistas debió oírle cuando le inquirió sobre la titularidad del billete al sentarse, lo que les pudo dar alas para forcejear por la presa en la confianza de que finalmente sus clientes tirarían la toalla y cederían.

En cualquier caso, había que acabar rápidamente con este asunto y Fran se dispuso a dar un golpe de efecto definitivo cuando, acto seguido, el hostelero vuelve a la carga para informarle de la existencia de una cámara interior de seguridad tras el mostrador y le pide permiso para revisar las imágenes que el equipo de seguridad graba sistemáticamente; de esta forma verificarían cuanto se dirimía en este desagradable asunto.

La escena adquiriría una complejidad inesperada; Fran mantuvo su aplomo y respondió con voz lo suficientemente elevada, para que se escuchara en todo el local, que le resultaba escandaloso que se grabara a los

clientes sin su consentimiento; que por supuesto, y ya que había imágenes, las revisaran.

Parece que el hostelero no esperaba tal firmeza al introducir la variable de la cámara de seguridad, se mantuvo un cierto tiempo en silencio con expresión grave y se retiró de nuevo desconcertado; al igual que su camarero, también él daba claras muestras de nerviosismo; sus maniobras no estaban dándoles el resultado deseado y ya no podían echarse atrás, no tenían más remedio que continuar con el órdago contra viento y marea, a pesar de que la cámara que Fran descubrió de un rápido vistazo no parecía que fuera a dar pistas sobre la titularidad del billete; aún así no pudo evitar experimentar una leve e imperceptible desazón.

Al cabo de un buen rato y sin que llegara aún el resto del pedido a la mesa, el hostelero se acercó a los clientes con un teléfono inteligente en la mano y un gesto de seguridad forzado, pidiendo permiso con la mirada para iniciar la revisión de las imágenes.

Efectivamente, el dispositivo muestra cómo entran al local descendiendo por la escalera y deteniéndose entre la mesa y el mostrador, justo detrás de las dos personas que estaban acomodadas en la barra; la cabeza del hombre de la barra impedía ver el área del suelo en la que se supone que debía estar el billete. Esa cabeza enorme y prodigiosa, esa reluciente y estática calva que en ningún momento de la escena cambia de posición, zanja definitivamente la cuestión e inclina, en favor de Fran y por los puntos, este definitivo y último *round* del combate.

En ese punto se levanta, haciendo una seña a su hijo para que le acompañe. Con voz enérgica y segura, sacando el billete de su bolsillo, le dice al hostelero “ahí tiene el maldito billete, cóbrese y quédese con la vuelta, nos vamos; anule el resto de la comanda, nos ha amargado la velada”. Nadie hizo por detenerlos, y aún Fran percibió furtivamente en sus rostros atónitos un gesto de alivio al verlos partir la confirmación de la victoria.

Ya en la calle, Fran no pudo evitar repasar mentalmente el importe aproximado de lo que consumieron, experimentando una íntima y doble satisfacción al sospechar que el importe de lo consumido debía estar por encima de los cincuenta euros que había entregado para saldar la deuda; sólo la botella de vino ascendía a treinta y cinco. No le dio mucha importancia a su doble victoria, estaba acostumbrado a esos lances.

Al acceder al portal de su casa, y tras la refrescante caricia del relente nocturno, Rubén —asombrado por todo lo acontecido, pero ya visiblemente aliviado— insistió en preguntar si el billete realmente les pertenecía. Fran le sonrió dulcemente y le respondió: "Creo que nunca lo sabremos".

Acerca del autor

Javier Alonso de la Iglesia (Madrid, 1954), de formación cultural jesuítica, dedica los primeros años de su trayectoria profesional a la función pública. Siguiendo la inspiración de Rimbaud, la abandona tempranamente para intercambiarla por otra actividad más estimulante: el comercio de diamantes.

Su reciente obra recoge las esencias de una vida de viajes por países de frontera (México, India, de África...), de las ansias y de los tedios que una vida continua de aventuras necesariamente procura.

La terraza de los limones

8 de mayo 1978. Piazza Venezia, Roma

Desde la Via Nazionale avanzaba la furgoneta negra, adaptada para el transporte equino. Su carrocería ostentaba con orgullo el emblema de una prestigiosa yeguada. Al llegar al cruce con la Via del Corso se vio detenida por el agente de tráfico, quien, con su autoridad, concedía el paso a los peatones.

Un niño, de la mano de su padre, se resistía a pasar por el paso de cebra. Con su extremidad libre señalaba al furgón implorando que le dejase contemplar por más tiempo el caballo que se transportaba.

—¡Mira papá, el caballito está llorando!

El progenitor, sin frenar el paso, le repuso que no tenían tiempo y que tenían que avanzar con el resto de los peatones, que el tráfico no permitía que se acercasen a nada. Sin embargo, el niño se resistía, cautivado por el espectáculo. El imponente caballo árabe asomaba la cabeza por las aberturas traseras, llamando la atención con sus relinchos.

—¿A dónde lo llevan papá? El caballito no quiere ir.

Rafael Alberti, procedente de la Via delle Boteghe Oscure, también dirigió su mirada hacia el noble animal. La escena no contribuía a mejorar su ánimo, y en un arranque de mal humor, decidió frenar y cambiar su rumbo hacia la furgoneta.

Se encaró con el conductor del furgón.

—Disculpe que le moleste, pero en Cádiz, de donde vengo, para que los animales viajen más serenos se les droga. Ya sabe, se les dan tranquilizantes.

—¡Bah! ¡No hay caso! — repuso el conductor, de seguido echó mano a una caja que llevaba en el asiento del pasajero, enseñándola continuó—. No es que no la tenga, pero la jeringuilla es cara, y total, ¡para ir a donde vamos!

—En todo caso, sea donde fuere que se dirijan, no pueden hacer sufrir al animal.

La acalorada discusión que siguió atrajo la atención del agente de policía municipal.

Terraza de los Limones. Grand Hotel Plaza

Rafael llegó tarde a su cita.

Al acceder a la terraza maldijo sus empeños, Carmen ya no estaba allí. ¡Maldito conductor sádico y maldito Berlinguer! Le habían entretenido innecesariamente.

En la sede del PCI se había batido como un pura sangre para imponer sus criterios en relación con el reciente secuestro cometido por las Brigadas Rojas.

Largas y encendidas discusiones para nada, para nada de efectivo, para nada que pudiese mejorar la suerte del pobre secuestrado, cuya próxima ejecución había sido ya anunciada.

Quedaba una mesa libre en una esquina de la azotea; tomó posesión de la misma mientras agitaba su mano izquierda llamando al camarero.

—Lo de siempre.

La serena contemplación de la puesta de sol con vistas a la Villa Medici y a las torres de la Trinitá dei Monti comenzó a apaciguarlo. En un breve tiempo tuvo servido su Spritz acompañado de su necesario aperitivo. El camarero dejó junto a la bebida un sobre de la papelería del hotel:

—Con permiso, señor Alberti, la señorita Laforet dejó esta carta para usted.

*Querido Rafael,
Disculpa que no me haya quedado más tiempo esperando, sé lo importante de tu reunión. Son mis nervios, no podía aguantar más la radio de los camareros en la terraza que está todo el tiempo taladrando sobre lo mismo.
¡Pobre Aldo! Me siento tan egoísta al no poder fundirme con el dolor de todos los romanos por su secuestro, pero mis nervios ya no pueden más y no soportaba escuchar una y otra vez el mismo boletín de noticias relatando las mismas soflamas de todos los Pilatos que esta noche se están lavando las manos frente a su inminente ejecución. Nadie le va a ayudar. Es tan triste.
Me voy a misa de ocho a Santa María in Via Lata, quizás nos crucemos pues tu vendrás subiendo el Corso y yo bajándolo, pero para el caso de que no, ...*

Rafael miró su reloj, las nueve menos cuarto, inútil ir a buscarla a la salida de misa.

... quiero que sepas que rezaré por Aldo, quiera Dios que hayas podido obtener algo de tus camaradas, una sólida declaración a favor de su liberación o de apertura de un diálogo con sus secuestradores haría mucho bien.

El poeta cabeceó en señal de negación.

Son como te digo cosas de mi temperamento. Cada día me conlleva peor, me cuesta mucho estar sola, especialmente en un lugar público donde una se imagina que todos la observan. Intento buscar algo de paz en la oración, pero me cuesta avanzar. Y luego está lo de mi separación. ¿Hice bien? Y se une también el asunto de mis hijos, aunque hablo con

*ellos por teléfono los echo mucho de menos. ¡No los puedo tocar! ¡No los puedo abrazar!
De un modo u otro he de volver a España, dicen que Suarez va a aprobar una ley de divorcio, quizás ahora...*

Rafael esbozó una mueca irónica.

Pero dime, ¿qué te parecieron los primeros capítulos? Me muero de ansias por saber tu opinión, pero casi que como no nos vamos a encontrar, mejor así, creo que no soportaría que te pueda haber disgustado y, si me deslizases una mentira piadosa, sabes que me daría pronto cuenta y que sería peor.

El viejo republicano, tras pasarse la mano por su cuidada melena plateada, y recolocarla, dio una palmada sobre el paco de folios atados que traía consigo.

Sí, mejor así, deja las cuartillas con tus anotaciones en la recepción del hotel, que ya las recogeré mañana. Me pondría muy nerviosa escuchando tus críticas, y no las disfrutaría, ni aprendería nada. Escrito es mejor, puedo ir leyendo cada día un poco y conllevar mejor tus anotaciones.

Alberti llamó de nuevo al camarero encargándole una copa de más, así como papel de carta. El cóctel veneciano se sirvió pronto, pero el papel se demoró en llegar.

Para su desagrado, lo que le trajeron no eran los elegantes folios de papel verjurado con el membrete dorado del hotel que había utilizado la escritora, sino un sencillo bloc de notas, cuya única distinción era estar ennoblecido con el escudo impreso en tinta negra del establecimiento.

La caligrafía del poeta era limpia, espaciada, casi no unía las letras de cada palabra.

*Querida Carmen,
El inicio del libro es bueno y prometedor. ¡Termínalo!
Cuando recuperes el manuscrito, te prohíbo por
nuestra amistad que lo guardes, como haces siempre,
en esa infame maleta, cementerio de elefantes, donde
yacen todos tus proyectos inacabados.
Con tu permiso le remitiré una fotocopia de estos
capítulos a mi editor de Buenos Aires para
conseguirte un contrato y un adelanto sobre el resto
del libro.*

Dio un par de sorbos a su copa, y se concedió unos momentos para observar el espléndido anochecer. Arrancó una hoja del bloc donde anotó: *cielo color obispo, las calles se llenan de cirios, noche de santo oficio para el Moro*. A continuación, trazó con su elegante pluma Montblanc un círculo que contenía la frase: *Trabajar la idea y utilizar*.

Se guardó la nota en el bolsillo interior de su chaqueta e intentó terminar la lectura de la carta.

*Echo tanto de menos Tánger, allí me entretenía
mucho. No había atardecer que no fuese divertido en
compañía de Burroughs, Bows, Capote y tantos
otros amigos; pensé que en Roma encontraría la
misma alegría y vitalidad, pero ya me he resignado.
Con todo mi cariño,
Carmen*

Dolido en su amor propio, Rafael, que se consideraba un auténtico romano por adopción, hizo venir a consultas al *maître*. Tras haber obtenido la información que buscaba, arrancó otra cuartilla para terminar su respuesta.

*Y en lo que respecta a Tánger, la diferencia es que allí
veías ponerse el sol en el Atlántico desde el hotel
Continental con una copa siempre en la mano;
mientras que aquí has pretendido saborear estas
sagradas vistas con un triste té English Breakfast. Por
eso no me has podido esperar.*

Acerca del autor

José Vicente Rubio “Eire” (Madrid, 1972) es doctor en Derecho y licenciado en Restauración de obras de arte. Fuera del mundo académico, ha publicado varias novelas: “El Tratado de Madrid” (Editorial Caligrama, Madrid, 2020) y “Más oscuro que el negro” (Editorial Ágora, Tres Cantos, Madrid, 2021).

ÍNDICE

Prólogo.....	4
Carmen Broto	11
Ángel Rupérez	
Romeo Vital	20
Sara Montero Anneren	
Rebel, Rebel (D. Bowie)	26
Jesús Sánchez-Girón Forniés	
Poco ordinario	34
Mario Barra Jover	
A buen recaudo (Anura)	40
Rosauro Varo Cobos	
Poesías	43
Almudena García-Orea	
Roberto Carlos de Leyva	
Iryna Oliinychenko	
El billete	51
Javier Alonso de la Iglesia	
La terraza de los limones.....	60
José Vicente Rubio "Eire"	

ISBN: 978-84-09-61374-8

DEPÓSITO LEGAL: M-24165-2023

EJEMPLAR SIN VALOR COMERCIAL

Con patrocinio de:



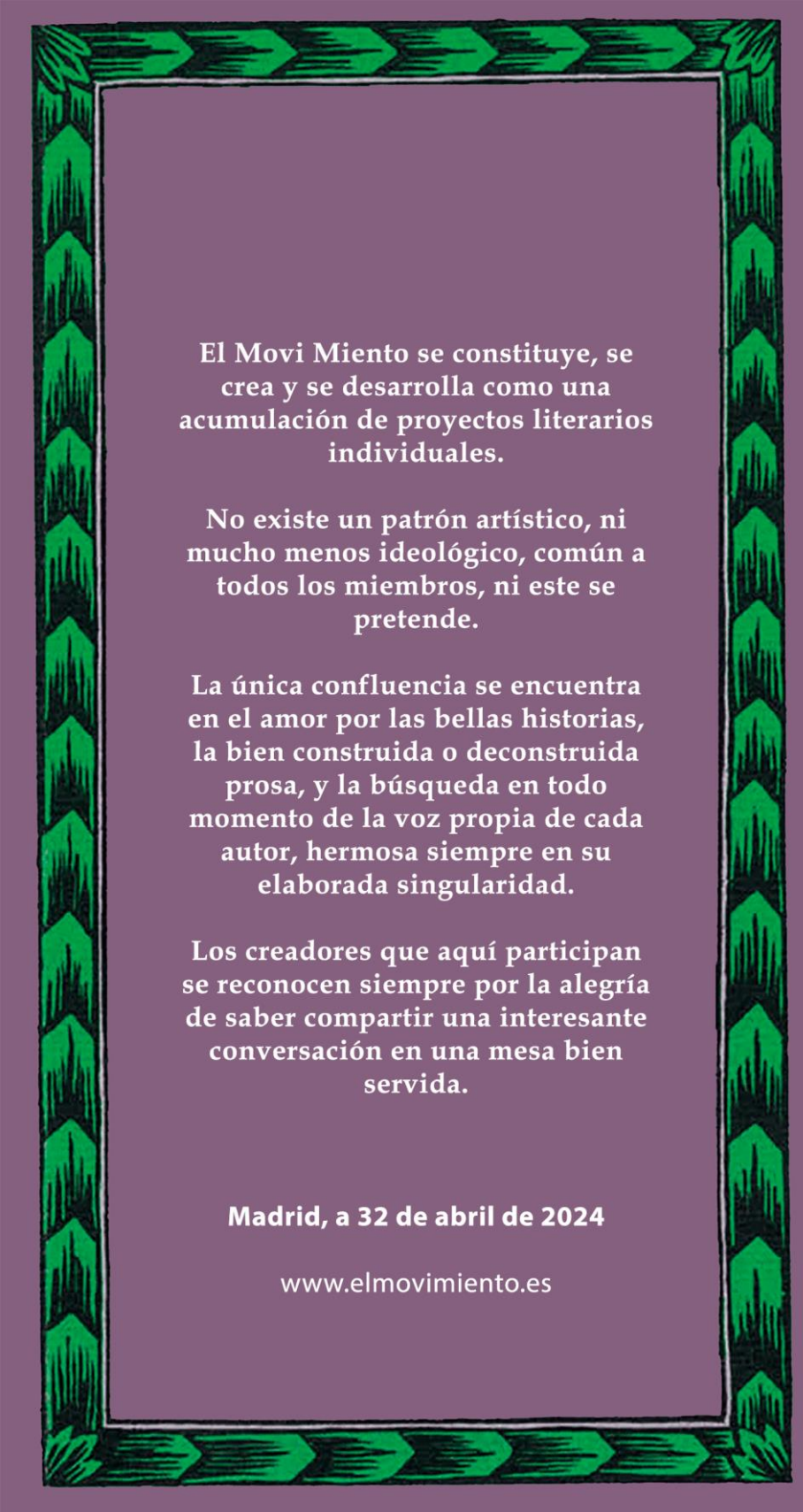
CONFASSOCIAZIONI
ESPAÑA



Accademia Mondiale della Poesia

World Poetry Academy

Académie Mondiale de Poésie



El Movi Miento se constituye, se crea y se desarrolla como una acumulación de proyectos literarios individuales.

No existe un patrón artístico, ni mucho menos ideológico, común a todos los miembros, ni este se pretende.

La única confluencia se encuentra en el amor por las bellas historias, la bien construida o deconstruida prosa, y la búsqueda en todo momento de la voz propia de cada autor, hermosa siempre en su elaborada singularidad.

Los creadores que aquí participan se reconocen siempre por la alegría de saber compartir una interesante conversación en una mesa bien servida.

Madrid, a 32 de abril de 2024

www.elmovimiento.es